

STANLEY MILGRAM

Colección dirigida por
SERGIO LEONARDO

Traducción:
IRENE MIZRAHI

SOC 21 - 03
14 copias

**OBEDIENCIA
A ORDENES
CRIMINALES**

IMPRESO EN ARGENTINA
*Queda hecho el depósito que
previene la ley 11.723. © 1969*
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES
Pasteur 633 - Buenos Aires

Ediciones del CES

La compulsión a hacer el mal, es un artículo de Stanley Milgram* publicado originalmente en la prestigiosa revista *Patterns of Prejudice* y en *Indice*, revista del Centro de Estudios Sociales de la D.A.I.A.

Hemos decidido su inclusión en Ediciones del CES por varios motivos, que nos interesa poner en conocimiento de nuestros lectores.

El primero de ellos, es el excelente nivel en que está tratado el problema de la obediencia a las órdenes criminales. Esta razón de por sí basta, a nuestro juicio, para avalar la publicación del artículo. Pero, además, el trabajo de Milgram apunta con suma agudeza al análisis de la relación entre las actuaciones criminales de los individuos y su pertenencia a organizaciones sociales burocratizadas, mostrando cómo esta relación de despersonalización y el énfasis en la eficiencia que la acompaña pueden llevar a anular valores humanos a veces contrapuestos con los fines de la organización en sí.

Las consecuencias de esta postura son fácilmente imaginables. La responsabilidad individual en la ejecución de actos criminales, como los ge-

* Stanley Milgram es profesor del Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad de Harvard.

nocidios llevados a cabo por los nazis en Europa, en tanto están condicionados por la pertenencia a organizaciones del tipo descrito, tienden a reformularse en un problema mayor que no es el de la responsabilidad colectiva, sino el de la orientación de las instituciones actuantes. Esto abre una nueva perspectiva sobre los condicionantes de la aparición del nazismo y sus manifestaciones inhumanas, que no es ya un fenómeno dado en circunstancias particulares en un país, sino un proceso pasible de repetición.

Lógicamente, y ésta es nuestra intención, este trabajo despertará polémicas, tanto de tipo científico, por las pautas del experimento, como extra-científicas, por las consecuencias del mismo; de todos modos, y aun sin compartir enteramente la postura del autor, hemos creído imprescindible dar a conocer esta contribución, ya que la difusión de estos temas hace a la función de Ediciones del CES.

La destrucción de los judíos europeos en 1943-45 no se llevó a cabo como resultado de las proezas de un hombre que actuó solo. Ninguna persona es omnipotente en este sentido directo. El poder, que incluye al poder de destruir individuos, proviene, más bien, del control de las organizaciones sociales donde participan muchos individuos. Entre estas organizaciones se encuentran los partidos políticos, la burocracia administrativa y las ramas policiales y militares del gobierno. El hecho que une a cada una de estas unidades en una fuerza monolítica capaz de llevar a cabo las directivas emanadas de arriba, es la obediencia segura de los participantes. La obediencia encadena a los hombres individuales a sistemas de autoridad, adosa la acción individual al propósito político.

Y es al fenómeno de la obediencia donde muchos comentaristas dirigieron la atención con el fin de explicar el holocausto nazi. Miles de alemanes comunes —señalan— colaboraron con el diablo, y muchos

lo hicieron por un sentido compulsivo del deber. William Shirer afirma que la propensión a obedecer la autoridad, sin límites ni interrogantes, es el defecto caracterológico básico del pueblo alemán, y es el principal culpable de la complicidad de muchos de ellos con el terror de Auschwitz y Belsen. C. P. Snow asevera que se cometieron más crímenes en nombre de la obediencia que por cualquier otra causa o ideología.

El exterminio nazi de los judíos europeos constituye la instancia más extrema de actos inmorales y aborrecibles llevados a cabo por miles de personas en nombre de la obediencia. Es el caso más extremo debido a: 1) la cantidad de víctimas implicadas, 2) el *status* no-combatiente de las víctimas, 3) la inclusión de mujeres, niños y ancianos en el martirologio, 4) la naturaleza inocente de las víctimas según toda norma aceptada de justicia, 5) la naturaleza prolongada y calculada del programa: no fue una masacre impulsiva, sino un programa sólidamente diseñado, que requería una organización y el empleo de muchas personas inteligentes que poseyeran conocimientos técnicos y capacidad ejecutiva, y 6) el increíble nivel de brutalidad e insensibilidad con que se trató a las víctimas.

Sin embargo, aunque en un grado menor, este tipo de cosas suceden siempre: se ordena a los ciudadanos comunes que destruyan a otras personas. Lo hacen convencidos de que obedecer órdenes es su deber. La obediencia a la autoridad, característica que siempre fue valorada como virtuosa, adquiere un nuevo aspecto al servicio de una causa malévola. Lejos de manifestarse como una virtud, se transforma en un pecado atroz. ¿O lo es?

El problema moral de si uno debiera obedecer cuando las órdenes entran en conflicto con la conciencia, fue discutido por Platón, dramatizado en *Antígona* y llevado al análisis filosófico en todas las épocas históricas. Los filósofos conservadores sostienen que la estructura misma de la sociedad está amenazada por la desobediencia, y que es preferible llevar a cabo un acto perverso prescripto por la autoridad a dislocar la estructura de la autoridad. Hobbes va más allá, y afirma que un acto de este tipo de ninguna manera es responsabilidad de la persona que lo ejecutó, sino solamente de la autoridad que lo ordenó. Los humanistas, en cambio, sostienen la primacía de la conciencia individual en tales circunstancias, e insisten en que los juicios morales del individuo deben pasar por encima

de la autoridad cuando ambos entran en conflicto.

Los aspectos legales y filosóficos de la obediencia tienen una enorme importancia, pero un científico con fundamento empírico llega al tema que desea dominar partiendo del marco del discurso abstracto para desembocar en la observación medular de instancias concretas. A fin de adquirir una visión más precisa del acto de obedecer, realicé un simple experimento en la Universidad de Yale. Más tarde, el experimento incluyó a miles de participantes y se repitió en varias universidades, pero al principio la concepción fue simple. Una persona entra al laboratorio psicológico y le decimos que cometa una serie de acciones que entran en conflicto con su conciencia. La pregunta fundamental es hasta dónde aceptará el participante las instrucciones del experimentador antes de negarse a seguir ejecutando las acciones que se le solicita.

Pero el lector debe saber unos pocos detalles más sobre el experimento. Dos personas entran al laboratorio psicológico listas a participar en un estudio de memoria y aprendizaje. Se designa a una de ellas "profesor" y a la otra, "alumno". El experimentador explica que el interés del estu-

dio son los efectos del "refuerzo negativo" sobre el aprendizaje. Conducimos al alumno a una pieza, donde se lo sienta en una silla; le atamos los brazos para evitar los movimientos excesivos y se le conecta un electrodo a la muñeca. Se le instruye que debe aprender una lista de pares de palabras. Cuando cometa un error, recibirá el "refuerzo negativo". El estilo civilizado del lenguaje enmascara el simple hecho de que el hombre va a recibir unas dolorosas descargas eléctricas.

El verdadero foco del experimento es el profesor. Después de observar que el alumno queda ajustado al asiento, se lo conduce al principal ambiente experimental donde lo acomodan frente a un impresionante aparato generador de shocks. El rasgo sobresaliente de este instrumento es una línea horizontal con treinta interruptores que descargan desde 15 voltios hasta 450, con incrementos sucesivos de 15 voltios cada uno. Tiene también señales verbales, tales como "Shock Mínimo" o "Peligro, shock severo". Se le dice al profesor que administre la prueba de aprendizaje al hombre que está sentado en la otra pieza leyéndole la primera palabra de cada grupo de pares de palabras. Cuando el alumno responde correctamente, con la segunda palabra del

par, el profesor pasa al par siguiente; cuando el otro hombre da una respuesta incorrecta, el profesor deberá suministrarle un shock eléctrico. Comenzará con el nivel más bajo (15 voltios) e incrementará el nivel cada vez que el hombre realice un error, pasando por los 30 voltios, los 45, y así sucesivamente.

El "profesor" es un sujeto verdaderamente ingenuo que ha asistido al laboratorio para participar en un experimento. El alumno, o víctima, es un actor que en realidad no recibe shock alguno. El objeto del experimento es simplemente el de ver hasta dónde puede avanzar una persona en una situación concreta y conmensurable cuando se le ordena infligir un dolor creciente sobre una víctima que protesta. ¿En qué momento se negará el sujeto a obedecer al experimentador?

El conflicto surge cuando el hombre que recibe el shock empieza a indicar que está experimentando molestia. Hasta el shock de 75 voltios no hay respuesta de protesta. A los 75 voltios, el alumno gruñe. A los 120 voltios se queja verbalmente; a los 150 exige que se lo libere del experimento. Sus protestas continúan y, a medida que los shocks van escalonándose, se tornan más

vehementes y emocionales. A los 285 voltios su respuesta es un grito de agonía.

Los observadores coinciden en que el experimento pierde un poco de su cualidad emotiva al describirlo por escrito. Para el sujeto, la situación no es un juego; el conflicto es intenso y evidente. Por una parte, el sufrimiento manifestado por el alumno lo presiona a abandonar. Por la otra, el experimentador, una autoridad legítima con quien el sujeto ha contraído cierto compromiso, le ordena seguir. Cada vez que el profesor duda de administrar el shock, el experimentador aplica, en orden, cuatro fórmulas verbales: "Por favor continúe", "El experimento requiere que usted prosiga", "Es absolutamente esencial que usted continúe", y finalmente, "No tiene otra elección que seguir adelante".

A fin de escaparse de la situación, el sujeto debe romper claramente con la autoridad. El objeto de la investigación era encontrar cuándo y cómo la gente enfrentaría la autoridad ante un claro imperativo moral.

Es cierto que hay enormes diferencias entre cumplir órdenes emanadas de un oficial en tiempo de guerra y cumplir las órdenes de un experimentador. Sin embargo, la esencia de ciertas relaciones se mantiene,

pues uno puede preguntarse en un sentido general: ¿cómo se comporta un hombre cuando una autoridad legítima le ordena accionar contra un tercero? De seguro, podemos esperar que el poder del experimentador sea considerablemente menor que el del oficial, puesto que el experimentador no tiene poder para reforzar sus órdenes, y la participación en un experimento psicológico apenas crea el sentido de urgencia y esmero que surge en la guerra. A pesar de estas limitaciones, consideré que valía la pena iniciar la observación cuidadosa de la obediencia en esta modesta situación, con la esperanza de que ahondaría el esclarecimiento y elevaría proposiciones generales que podrían ser aplicadas a una variedad de circunstancias.

La reacción inicial del lector ante el experimento puede ser: ¿por qué una persona en su sano juicio siquiera se molestará en administrar los primeros shocks? ¿Por qué sencillamente no se levanta y abandona el laboratorio? Pero el hecho es que nadie lo hace jamás. Desde que el sujeto fue al laboratorio para ayudar a un experimentador, ya tiene voluntad de empezar con el procedimiento. No hay nada muy extraordinario en esto, particularmente porque la persona que recibirá los shocks simula que

desea cooperar, aunque con bastante aprehensión. Lo sorprendente es hasta qué punto los individuos comunes siguen accediendo a las instrucciones del experimentador. Efectivamente, los resultados del experimento fueron tanto sorprendentes como consternantes. Pese a que muchos sujetos experimentan una fuerte tensión, pese a que muchos le protestan al experimentador, una gran parte de ellos continúa, hasta suministrar el último shock del generador.

Muchos sujetos obedecerán al experimentador independientemente de cuán vehementes o insistentes sean las demandas de la persona bajo shock, sin importarles el dolor de los shocks, independientemente de los ruegos, aullidos o súplicas para que lo dejen en libertad. Este hecho fue corroborado muchas veces durante nuestros estudios y se observó en varias universidades donde el experimento se repitió. Es la extrema voluntad de los adultos de llegar a cualquier dimensión bajo la dirección de una autoridad lo que constituye el hallazgo fundamental del estudio, y a la vez es el hecho que requiere explicación con más urgencia.

Una explicación que se ofreció a menudo es que los individuos que llevaron el

shock al más alto nivel eran monstruos, el margen sádico de la sociedad. Pero si tomamos en cuenta que casi las dos terceras partes de los participantes caen en la categoría de sujetos "obedientes", y que representaban personas comunes extraídas de las clases de trabajadores, ejecutivos, profesionales, el argumento se torna hartamente débil. En realidad, recuerda fuertemente la historia que surgió a raíz del libro de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*. Arendt sostuvo que el esfuerzo del fiscal de señalar a Eichmann como un monstruo sádico fue equivocado en lo fundamental, pues éste se asemejaba más a un burócrata poco inspirado que simplemente se sentaba en su escritorio y hacía su trabajo. Por mantener este enfoque, Arendt se convirtió en objeto de desprecio, y hasta de calumnia. De alguna manera se sentía que los actos monstruosos realizados por Eichmann requerían una personalidad brutal, retorcida, sádica, encarnada por el diablo. Después de ser testigo de cómo miles de personas comunes se sometieron a la autoridad en nuestros propios experimentos, debo deducir que la concepción de Arendt de la *banalidad del mal* se acerca a la verdad más de lo que uno se atreve a imaginar. La persona común que suministró la descarga eléctrica a la

víctima lo hizo cumpliendo con un sentido de la obligación, una concepción del deber como sujeto, y no a partir de tendencias agresivas peculiares.

Esta es, quizá, la lección más importante de nuestro estudio: las personas comunes, las que trabajan y no tienen una hostilidad particular, pueden convertirse en agentes de un terrible proceso destructivo. Aún más: cuando los efectos destructivos de su trabajo se hacen evidentes, y se les solicita que lleven a cabo acciones que son incompatibles con las normas fundamentales de moralidad, escasas personas tienen los recursos necesarios para resistir a la autoridad. Entra en juego una gran variedad de inhibiciones contra el desacato a la autoridad que mantienen exitosamente a la persona en su lugar.

Sentándose cómodamente contra el respaldo de una silla, es fácil condenar las acciones de los sujetos obedientes. Aquellos que condenan a esos sujetos, los miden según su propia habilidad de formular prescripciones de alto contenido moral. Pero ésa es una vara poco justa. Muchos sujetos, como cualquiera de nosotros, se sienten fuertes, a nivel de las opiniones, acerca de los requisitos morales de detener una acción contra una víctima indefensa. Ellos

también saben lo que debe hacerse, y pueden expresar sus valores cuando la oportunidad se presenta. Esto tiene poco o nada que ver con la conducta real bajo la presión de las circunstancias.

Si se le pide a la gente que emita un juicio moral sobre lo que consistiría la conducta apropiada en esa situación, infaliblemente considerará que es correcto ser desobediente. Pero los valores no son las únicas fuerzas que operan en una situación concreta. Son apenas un estrecho marco de causas que agitan el espectro total de las fuerzas que operan sobre una persona. Muchos individuos son incapaces de poner sus valores en práctica y se encuentran prosiguiendo con el experimento pese a sus protestas.

La fuerza casual ejercida por el sentido moral del individuo es menos efectiva que lo que el mito social nos quiere hacer creer. De seguro, tiene un efecto; pero éste aparece en un campo más amplio de determinantes que operan sobre el quehacer humano. Si bien ciertos preceptos como "No matarás" ocupan un lugar preeminente en el orden moral, no se sitúan en una posición correspondiente en la estructura de la psiquis humana. Pocos cambios en los titulares de los diarios, un llamado de la

junta de reclutamiento, órdenes de un sujeto con charreteras, y los hombres son llevados a matar sin mayores dificultades. Incluso un experimento psicológico reúne fuerzas especiales que pueden liberar al individuo de los controles morales. Es bastante fácil desplazar los factores morales mediante la reestructuración calculada del campo informativo y social.

¿Qué impulsa, luego, a una persona a seguir obedeciendo al experimentador? La respuesta contiene dos partes. Primera: hay un conjunto de "factores encadenantes" que atan al sujeto a la situación. Son factores como la cortesía, su deseo de mantener la promesa inicial de ayudar al experimentador y el compromiso de retirarse. Segunda: una cantidad de ajustes operan en la mente del sujeto que van socavándole su decisión de romper con la autoridad. Los ajustes ayudan al sujeto a mantener la relación con el experimentador, y simultáneamente reducen la tensión originada en el conflicto experimental. Son los ajustes típicos de pensamiento que surgen en las personas obedientes cuando la autoridad les propone accionar contra individuos indefensos.

Uno de estos mecanismos es la tendencia del individuo a ser absorbido por el estre-

cho rol técnico de la tarea y perder de vista las consecuencias más amplias de su acción. La película "El Doctor Insólito" satirizó brillantemente cómo la tripulación de un bombardero se absorbió en un procedimiento técnico preciso y exacto de arrojar bombas nucleares sobre un país. De manera similar, los sujetos de este experimento cayeron inmersos en el aparato, leyendo los pares de palabras con una articulación exquisita y moviendo los interruptores con gran cuidado. Quieren desempeñarse en forma competente, pero demuestran simultáneamente que la preocupación de orden moral se estrecha. El técnico es una persona que tiene la competencia y habilidad necesarias para realizar una acción exitosamente, pero a quien no le incumben las consecuencias humanas más generales. A su vez, el sujeto confía las tareas más comprensivas, de establecer objetivos y dar lineamientos morales, a la autoridad experimental que lo contrató.

El ajuste de pensamiento más difundido entre los sujetos obedientes es el de meramente no verse como el responsable de sus propias acciones. Se despoja de la responsabilidad atribuyendo toda la iniciativa al experimentador, a la autoridad legítima. Se visualiza a sí mismo no como una per-

sona completa que actúa de una manera moralmente responsable, sino como el agente de una autoridad externa. Durante la entrevista del posexperimento, se preguntó a los sujetos por qué siguieron adelante, y la respuesta fue: "No lo hubiera hecho por mi cuenta. Hacía lo que se me pedía que hiciera". Incapaces de cuestionar la autoridad del experimentador, le atribuyen toda la responsabilidad. Es la vieja historia de "cumplir con el deber", que se escuchó repetidas veces en las declaraciones de defensa de los acusados en Nüremberg. Sería erróneo pensar que ellas constituyeron una fina conjeturación planeada para desembarazarse de la situación. Es más bien un modo de pensar fundamental, común a un número grande de personas, que surge cuando se las encasilla en una posición subordinada dentro de una estructura autoritaria. La desaparición del sentido de responsabilidad es la consecuencia de mayores alcances de la sumisión a un sistema de autoridad.

Las personas dotadas de autoridad realizan acciones que parecen violar los valores de la conciencia, pero sería falso afirmar que el sentido moral desapareció realmente. El enfoque es totalmente distinto. Una vez que la persona entró en el sistema de

autoridad, no responde con sentimientos morales a las acciones que realiza. En todo caso, su problema moral se traslada a consideraciones acerca de cómo satisfacer las expectativas que la autoridad tiene sobre ella si cumple eficiente o pobremente las tareas. En tiempos de guerra, un soldado no se pregunta si es bueno o malo bombardear una aldea; no experimenta vergüenza o culpa por destruir un villorio; antes, más bien, siente orgullo o vergüenza por la manera en que desempeñó la misión asignada.

Otra fuerza psicológica que opera en esta situación puede ser denominada "contra-antropomorfismo". Durante décadas, los psicólogos discutieron la tendencia primitiva de los hombres de atribuir a objetos y fuerzas inanimadas las cualidades de la especie humana. Una tendencia contraria a ésta es, sin embargo, la de atribuir una cualidad impersonal a fuerzas que son esencialmente humanas por su origen y perdurabilidad. Algunos individuos actúan frente a los sistemas de origen humano como si existieran más allá o más arriba de los agentes humanos, escapando al control de la voluntad o los sentimientos humanos. Detrás de las agencias e instituciones, el elemento humano desaparece. Así, cuando

el experimentador dice "El experimento requiere que usted prosiga", el sujeto siente un imperativo que trasciende su deseo humano. No se plantea la pregunta verosímil de: "El experimento, ¿de quién?" o "¿por qué satisfacer al planificador mientras la víctima sufre?" Los deseos de un hombre —el planificador del experimento— se encarnan en un esquema que ejerce una fuerza sobre la mente del sujeto y trasciende el terreno personal. "Esto *debe* seguir. *Debe* seguir", se repite el sujeto. No se da cuenta que un hombre como él mismo desea proseguir. Para él, el elemento humano desapareció de la escena, y "El Experimento" adquiere un *momentum* impersonal propio.

El contexto domina el significado. Ninguna acción tiene, de por sí, una cualidad psicológica inmodificable. El significado de cualquier acto puede ser alterado por un contexto apropiado. Un periódico norteamericano citó recientemente el caso de un piloto que reconoció que los norteamericanos estaban bombardeando hombres, mujeres y niños vietnamitas, pero que sentía que el bombardeo era por una "causa justa". Luego, estaba justificado. De manera similar, la mayoría de los sujetos en el experimento ubican su conducta dentro de

un contexto más amplio que es benévolo y útil para la sociedad, como la búsqueda de la verdad científica. Merced a su articulación con la sociedad mayor, el laboratorio psicológico tiene carácter de legítimo y crea confianza y seguridad en aquéllos que van a colaborar allí. Una acción como aplicar shocks a una víctima, que en forma aislada parece mala, adquiere un significado totalmente distinto en este contexto. Pero permitir que un acto sea dominado por el contexto, sin darle la debida consideración a las cualidades esenciales del acto que uno desempeña, puede ser peligroso en extremo.

Por último, un rasgo esencial de la situación en Alemania no fue estudiado aquí: la intensa desvalorización de la víctima antes de accionar contra ella. Durante una década o más, la propaganda antijudía preparó sistemáticamente a la población alemana a aceptar la destrucción de los judíos. Paso a paso los judíos fueron excluidos de la categoría de ciudadanos, nacionalidad, hasta que finalmente se les negó el papel de seres humanos. La sistemática desvalorización de la víctima proporciona una medida de justificación psicológica para el trato brutal con ella, y ha sido el permanente acompañamiento de las masacres, los *pogroms* y las guerras. A todas luces, nues-

tros sujetos hubieran preferido suministrar shocks a víctimas retratadas de manera convincente, como criminales o pervertidos brutales.

Es interesante destacar, sin embargo, el hecho de que muchos sujetos desvalorizan severamente a la víctima *como consecuencia* de haber actuado contra ella. Se abrieron comentarios tales como: "Era tan estúpido y caprichoso que merecía la descarga eléctrica". Una vez que accionaron contra la víctima, parecería que para muchas personas es necesario visualizarla como indigna, que merece un castigo por sus propias deficiencias de carácter e intelecto.

Muchas de las personas estudiadas en el experimento estaban, en algún sentido, en contra de lo que hacían al alumno, y muchas protestaron, aunque obedeciendo. Pero entre los pensamientos, las palabras y el paso crítico de desobedecer a una autoridad malévolas, se liga otro ingrediente, que es la capacidad de transformar las creencias y los valores en acción. Algunos sujetos estaban totalmente convencidos del error de sus actos, pero no pudieron llegar a romper abiertamente con la autoridad. Algunos obtuvieron satisfacción con sus pensamientos y pensaron que, por lo menos en su intimidad, estuvieron del lado de los

ángeles. Lo que dejaron de analizar es que los sentimientos subjetivos son poco importantes en tanto no se transforman en acción. El control político se ejerce a través de la acción. Las actitudes de los guardianes en los campos de concentración son inconsecuentes si, en la práctica, permiten el martirologio de personas inocentes delante de ellos. De manera similar, la llamada "resistencia intelectual" en la Europa ocupada —por la cual un grupo de personas imaginaron por un ajuste del pensamiento, que habían desafiado al invasor— fue pura indulgencia para consolar los mecanismos psicológicos. Las tiranías se perpetúan gracias a la gente apocada que no posee el coraje de actuar según sus creencias. Más de una vez los sujetos del experimento desvalorizaron su trabajo y no pudieron concentrar los recursos internos para traducir sus valores en acción.

Una situación experimental posterior recogió un problema que es más común que el analizado arriba: se encuentran tres "profesores" frente al generador de shocks, suministrando descargas a la inquieta víctima. Dos de ellos están aliados con el experimentador. El sujeto ingenuo no aprieta el interruptor que descargará el shock sobre la víctima; desempeña el papel subsi-

diario de girar la llave maestra antes de que uno de los otros emita el shock. En esta situación, 37 de los 40 adultos del área de New Haven prosiguieron hasta el nivel más elevado del generador. Es evidente que los sujetos justificaron su conducta diciendo que la responsabilidad recaía sobre el hombre que efectivamente bajó el interruptor. Este ejemplo ilustra una situación peligrosa típica de la sociedad compleja: es psicológicamente fácil ignorar la responsabilidad cuando uno está inmerso en una cadena de acciones perniciosas, y se encuentra lejos de las consecuencias finales de la acción. El propio Eichmann se enfermaba al recorrer los campos de concentración, pero para participar en la matanza masiva bastaba con sentarse en el escritorio y garabatear los papeles. Asimismo, el hombre del campo encargado de arrojar gas Cyclon-B en las cámaras puede justificar su conducta sobre la base de que sólo estaba cumpliendo órdenes de arriba. Así se va fragmentando toda la acción humana; ningún hombre decide realizar una mala acción y enfrentar sus consecuencias. La persona que asume plenamente la responsabilidad del acto se ha evaporado. Quizá ésta sea la característica más común del

mal socialmente organizado en la sociedad moderna.

El problema de la obediencia, por lo tanto, no es totalmente psicológico. La forma y condición de una sociedad, y el modo de desarrollarse, tienen mucho que ver. Hubo una época, quizás, en que los hombres fueron capaces de proporcionar una respuesta totalmente humana a una situación, porque estaban totalmente inmersos en ella como seres humanos. Pero en cuanto surgió la división del trabajo entre los hombres, las cosas cambiaron. Más allá de cierto punto, la vertebración de la sociedad en gente que cumple trabajos muy estrechos y especializados arrebató la cualidad humana del trabajo y la vida. Una persona no llega a visualizar toda la situación, sólo conoce una pequeña parte, y debido a ello no puede actuar sin algún tipo de dirección más comprehensiva. Para las elecciones morales importantes, pienso, el individuo debe reservar para sí mismo el derecho final de decidir.

Desde luego, el área militar es un terreno donde se espera obediencia. Sin embargo, aun aquí, hay signos crecientes de que la obediencia no puede ser la regla última de la vida. Hay dos ejércitos en el mundo donde se obliga al soldado por ley a deso-

bedecer órdenes inmorales. Son los de Alemania occidental e Israel. Quizá los judíos y los alemanes, más que nadie, hayan tenido la oportunidad de aprender que los hombres están condenados si actúan sólo a través de las alternativas que ofrecen otros.